



LAS CARRERAS DE GUÉRANDE

Y ante todo, detengámonos un poco en esa deliciosa y rara ciudad de Guérande, tan pintoresca, con sus antiguas murallas flanqueadas por grandes torres y sus fosos llenos de agua verdosa. Entre las viejas piedras, las verónicas silvestres florecen en grandes ramos; las enredaderas se enganchan, y se ven jardines que suspenden sobre las almenas grandes macizos de rosas. Desde que penetráis por la poterna de baja y re-

donde bóveda por donde suenan alegremente las campanillas y los cascabelos de los caballos de la diligencia, entráis en un país enteramente nuevo y en una época quinientos años alejada de la nuestra.

Hay puertas claveteadas, ojivales, de viejas casas irregulares, cuyos últimos pisos se hallan á lo mejor á la misma altura que los bajos de la casa de al lado, con grandes adornos en la piedra, estropeados y borrosos. En algunas callejuelas silenciosas se levantan antiguos castillos señoriales, de anchurosas ventanas, cerradas por estrechas vidrieras de colores. Las puertas están cerradas, pero por entre sus junturas abiertas por el tiempo, vése el vestíbulo invadido por el verde, grandes grupos de hortensias á la entrada, y el patio lleno de hierba, en el cual algún pozo ya agotado, ó las ruinas de alguna capilla, forman montones de piedras y grupos de plantas. Porque esa es la característica de Guérande: toda ella parece una ruina coquetona y llena de flores.

En algunos sitios, encima de una alda-

ba usada y venerable, se ve el escudo de armas, el letrero de la casa de Correos, ó se exhiben burguésmente las muestras de un notario ó de un médico; pero muchas de esas antiguas moradas han conservado su sello aristocrático, y si buscárais bien, encontraríais algunos nombres ilustres de Bretaña escondidos en aquel rinconcillo que él solo encierra toda una época.

Allí hay un silencio que convida á la meditación. Reina en derredor de aquella iglesia del siglo XIV, donde ponen al abrigo sus puestos algunas vendedoras ambulantes, que se entretienen en hacer media silenciosamente; se cierne sobre aquellos paseos desiertos, sobre aquellos fosos de agua estancada, sobre aquellas calles tranquilas por donde pasa alguna que otra pastora conduciendo una vaca, descalza de pie y pierna y con una cofia á lo Juana de Arco, se cierne, repito, un silencio fantástico.

El día de carreras, el aspecto de la ciudad es muy diferente. Hay gran movimiento de carruajes que llevan y traen bañistas del Croisic y del Pouliguen. Ca-

rros llenos de gente del campo, grandes carrozas que parecen haber salido de un cuento de hadas, carricoches de alquiler donde va una castellana de las cercanías, entre su doncella con la cofia del país y su paje con zuecos. Toda esa gente ha llegado por la mañana á hora de oír la misa mayor. El sonido de las campanas cae en las estrechas callejuelas, mezclado al ruido de las tijeras del barbero, y la iglesia, llena de gente, tiene á la ciudad desierta durante un par de horas. Al mediodía, á la primera campanada del *Angelus*, las puertas se abren, y la muchedumbre invade la plaza en medio de las peticiones de los mendigos agrupados bajo el porche, los cuales piden todos á un tiempo.

Es una extraña mezcla de cánticos de iglesia: letanías, credos, padrenuestros; una exposición de llagas, de enfermedades, una verdadera exhibición de lepra de la Edad Media. La muchedumbre con tribuye á esa ilusión de arcaísmo; las mujeres llevan cofias blancas terminadas en punta, con un retorcido de bordados debajo de las almidonadas cintas ceñidas

á la cabeza, y bridas flotando al aire ó largos baberos encañonados, si son pescadoras ó salineras; faldas plegadas á grandes pliegues y camisolines escotados



Los hombres llevan trajes muy variados: los colonos usan la blusa corta, el cuello alto y un pañuelo de color á la cabeza, atado de una manera especial, que les da aspecto de cresta de gallo. Los de las lagunas van vestidos con el anti-

guo traje de los guerdenses, larga blusa blanca que baja hasta media pierna, los calzones, blancos también, sujetos con ligas más abajo de la rodilla, y tricorno negro adornado de hebillas de color y de broches de acero. Ese sombrero se coloca en la cabeza de diversas maneras. Los casados lo llevan *en batalla*, como los guardias civiles; los viudos y los solteros vuelven los picos de otro modo.

Toda aquella gente se esparce por las calles cercanas á la plaza y se reúne una hora después en el sitio de las carreras, á un kilómetro del pueblo, en una llanura inmensa que domina el horizonte.

Desde las tribunas, el golpe de vista es maravilloso. En el fondo el mar, muy verde y sembrado de blanca espuma; más acá los campanarios de Croisic, de la aldea de Batz, y las salinas que brillan y se rizan al sol en las relucientes cortaduras del pantano. La muchedumbre llega en todas direcciones. Los capillos blancos de los niños aparecen al pie de los vallados; los muchachos del pueblo

se acercan en grandes grupos, cogidos del brazo, cantando con voz bronca. El aspecto, la canción, todo en ellos es cándido, primitivo, casi salvaje. Sin ocuparse poco ni mucho de las señoras con sombrero que los miran al pasar, las mujeres, con el fichú de moaré cruzado sobre sus camisolines, tienen aspecto reservado y carecen de toda afectada coquetería. Van á ver, sí señor, pero no á que las vean.

Mientras empiezan las carreras, toda aquella gente se apiña detrás de las tribunas, alrededor de las grandes barracas donde venden vino y sidra, donde se fríen panales de miel y salchichas, al sol. Al fin la charanga de Guérande llega rodeada de grupos animados que cantan al compás de lo que toca é interrumpe por un momento las libaciones.

Cada cual corre á colocarse para presenciar el espectáculo; y en aquel desbordarse la gente que se desparrama alrededor del campo de las carreras, al borde de los surcos y de los sembrados, la larga blusa blanca de los de las lagunas les hace aparecer más altos y les da

desde lejos el aspecto de frailes dominicos ó agustinos. Es verdad también que toda esa parte de Bretaña produce la impresión de un gran convento. Aquella gente hasta trabaja en silencio.

Antes de llegar á Guérande pasamos por aldeas silenciosas, á pesar de la gran actividad de la recolección, y á nuestro paso, en todas partes las palas y los trillos se agitaban acompasadamente, sin la menor excitación de canciones ni de palabras. Hoy, sin embargo, los panales de miel, el vino y las salchichas han desatado la lengua de los mozos, y á lo largo de la pista hay alegre bullicio.

Las carreras de Guérande son de dos clases; hay las carreras de las señoras, que es una de esas *steeple-chases* de provincias, como hemos visto muchas. Tarjetones verdes en los sombreros, algunos coches colocados en fila y unas cuantas sombrillas, quitasoles y vestidos vistosos, todo imitación de las carreras de París: eso no puede ser interesante para nosotros; pero las carreras de mulos y caballos del país, nos divertieron mucho. Es endiablado eso de poner en fila esas

mulillas bretonas. La música, los gritos, el baturrillo de las tribunas las espantan. Siempre hay alguna que se lleva al jinete en dirección opuesta, y se necesita tiempo para volverla á colocar en su sitio. Los muchachos que las montan lle-



van barretinas catalanas de color escarlata, blusa del mismo color, anchos calzones cortos y flotantes, y van descalzos de pie y pierna; nada de silla, ni más aparejo que unas cuerdas por bridas, de las cuales tiran las mulas con marcadísima mala intención.

Al fin arrancan; se las ve por la llanu-

ra al galope largo. Las blusas coloradas flotan endiabladamente, y las piernas rígidas y estiradas se esfuerzan para mantener á la cabalgadura en la línea trazada por las cuerdas. A la vuelta, sobre todo, más de un jinete va á rodar por la hierba; pero no por eso se interrumpe la carrera. El propietario del animal se acerca en seguida, deja allí á su infeliz jockey, que se levanta él solo, y sin quitarse la blusa por falta de tiempo, monta sobre el animal. La gente de las tribunas sonríe desdeñosamente; pero allá abajo el pueblo bretón, subido á los árboles, colocado en fila junto á los fosos, se muere de alegría y prorrumpe en frenéticas aclamaciones.

Cada uno, naturalmente, toma partido por los de su pueblo. La gente de las aldeas de Batz, de Saillé, del Pouliguen, de Escoublaut, de Piriac, espera el paso de los de sus paisanos, excitan á los jinetes y hasta se salen de la fila para asustar á las mulas con los sombreros y los pañuelos. Hasta las cofias blancas se levantan de pronto agitándose al viento para ver pasar á Juan-María Mahé ó á

Juan-María Madec, ó á otro Juan-María cualquiera.

Después de las mulas vienen los caballos y los jumentos del país, algo menos testarudos que aquéllos, pero llenos también de ardimiento y disputándose con entusiasmo el premio de la carrera.

Su durísimo trote trabaja la tierra de la pista; y mientras corren, vése allá á lo lejos, en el mar, agitado por un viento terrible, la vela de alguna lancha pescadora que navega difícilmente en demanda del Croisic. La vecindad del mar da al espectáculo una grandeza extraordinaria, y los caballos, los coches desfilando por la carretera, los grupos de gente diseminados por la llanura, todo se destaca sobre un fondo verdoso y que se mueve, un horizonte lleno de vida y de inmensidad.

Cuando volvimos á Guérande empezaba á caer el día. Están preparando la iluminación; faroles de colores colgados en los árboles de los paseos, fuegos artificiales en la plaza de la iglesia y un estrado al pie de las murallas para los aficionados al juego de bolos. Pero una llu-

via menudísima y fina viene á aguar la fiesta.

Todo el mundo se refugia en las posadas, á las puertas de las cuales los carros, los coches desenganchados y chorreando, acampan con las varas levantadas hacia arriba.

Durante una hora la ciudad está silenciosa; luego los coros de que antes he hablado recorren las calles oscuras cantando. Las grandes cofias y los mantoncillos verdes se atreven á salir á la calle dos á dos. Se ha hablado de un baile, y no es cosa de perderlo por la lluvia. ¡Ah, sí!... Bien pronto toda aquella juventud se halla formada á derecha é izquierda de las salas bajas de las tabernas. Unos bailan al son de la música y otros sólo con acompañamiento de voces. Los pisos tiemblan, los faroles aparecen velados por la polvareda, y la misma sonata, lenta y melancólica, suena pesadamente por todas partes. Entretanto los carruajes, los cochecillos desfilan por las cinco puertas de la ciudad. Los antiguos castillos señoriales se cierran y los matojos floridos que guarnecen las murallas pa-

rece que en la sombra se agrandan, se unen, se confunden, como hacían, obedeciendo á la varita mágica de las hadas, los zarzales encantados que rodeaban el castillo de «la Hermosa del bosque dormido».

